ALTOS DISGUSTOS FERLOSIANOS

Carlos Femenías Ferrà

(Universitat Pompeu Fabra)

Rafael Sánchez Ferlosio, *Ensayos I. Altos estudios eclesiásticos*, edición de Ignacio Echevarría, Barcelona, Debate, 2015, 770 pp. ISBN: 978-84-9992-552-3 y *Ensayos II. Gastos, disgustos y tiempo perdido*, ed. de Ignacio Echevarría, Barcelona, Debate, 2016, 659 pp. ISBN: 978-84-9992-552-0

Ya hacía unos cuantos años que entre los recientes lectores de Ferlosio se dejaba oír la queja de no disponer de una edición que reuniese sus artículos y ensayos; los veteranos —la *ferlosía*, dicen que los llamó Arcadi Espada— tenían en sus bibliotecas aquellos dos gruesos volúmenes que publicó Destino en el año 1992 en una colección dirigida por cuatro figuras mayores del ensayo de la democracia: Savater, Argullol, Trías y Lynch¹. Los cuatro se encontraban entonces entre la cuarentena y la recién estrenada cincuentena, y ya consideraban que las páginas que Ferlosio había venido escribiendo durante los últimos 25 años debían salvarse de la caducidad de la prensa diaria. Con precisión matemática, el azar ha querido que cinco lustros más tarde, quienes nacimos en democracia asistiéramos a las bodas de oro del ensayista. Eso son los cuatro volúmenes que acaba de publicar Debate, la última canonización en vida que los años le han concedido a un Ferlosio lleno de días; un regalo a un autor nonagenario y una invitación a quienes supimos de él, mucho antes que por la prensa, por aquellos maltratados libros de texto que corrieron, maltratados también, entre la sopa de letras de la LODE, la LOGSE, la LOCE, la LOE y la LOMCE. Ferlosio era allí, a su pesar, lo que en buena medida ha seguido siendo hasta hace poco para nuestra historiografía literaria: el autor de *El Jarama* (1956). Los nuevos tiempos, sin embargo, parecen estar obrando a favor de un reacomodo de su figura en el campo literario; y un factor tan poco riguroso como la cuidosa confección editorial que se ha prestado a sus ensayos frente a la modesta —aunque excelente— dispensada a su obra narrativa reeditada,

¹ Acaba de recordarlo Javier Rodríguez Marcos en su reseña de *Qwertyuiop*, el cuarto y último volumen de los ensayos del autor. Vid. Rodríguez Marcos, «Ferlosio contra Ferlosio», 12 de mayo de 2017, *El País*: http://cultura.elpais.com/cultura/2017/05/12/babelia/1494612707_529368.html

puede valer como un declarado correctivo, como un deseo explícito de reescribir su trayectoria intelectual.

Sobre ese desplazamiento de su *nombre de autor* sigue todo por decir. Hay una historia aún por contar sobre las circunstancias en que el novelista más aclamado de los años 50 escoge ocupar sus desvelos en la prosa de ideas; queda por explicar su afectado repudio de lo literario en favor de otro tipo de escritura que concibió como una urgente reforma de los cauces intelectuales del país. Así se lo decía, en 1965, a José María Castellet en una carta fundamental que hemos querido recoger en *Rescates* y en la que la forja de un estilo se concibe como un proyecto de modernización científica y cultural del que pende el porvenir de la cultura. Aquel Ferlosio llevaba ocho años ensayando el ensayo en un mar de papeles que él mismo volvería legendarios, y en ese trasiego solitario siempre tuvo por norte la creación de un nuevo lector al que había que empujar fuera de los límites de lo conocido.

Ha sido, por ello, un acierto incontestable dar comienzo a la edición de sus ensayos con un volumen que reuniera los trabajos de índole lingüística. *Altos estudios eclesiásticos* contiene las líneas maestras del pensamiento ferlosiano. El empecinamiento con que se recrea en una prosa que anhela erigir un «complicado organismo sinérgicamente articulado» nace del empeño por revelar el objeto de estudio en su rica y plural alteridad. El largo aliento de estas frases traduce un movimiento de salida, de búsqueda y exploración para que el inteligir y lo inteligido acontezcan bajo una nueva complejidad. El castellano de Ferlosio nunca ha existido y, sin embargo, se nos antoja como su epifanía, como el redescubrimiento de una lengua originaria que se despliega a sí misma en el trato con su objeto. Ardua y precisa, esta lengua es desusada porque busca nuestro desacostumbramiento con su sola presencia; quiere habilitar una experiencia cognoscitiva que se sustraiga a los automatismos y a los límites, a las cuatro paredes entre las que todo lector pasa la vida. Al igual que con los personajes de sus novelas, de lo que aquí se trata es de la fuga, de salir de casa, por decirlo a contrapelo del rótulo, «Los que se quedan en casa», que ya en la edición del 1992 agrupaba a aquellos cuya alteridad, niños y mujeres, se ve exorcizada de continuo. Amén del tempranísimo *Industrias y andanzas de Alfanhuí* (1951), a la búsqueda de espacios hurtados a un saber regulado y familiar dedicó su primer ensayo largo, «Personas y animales en una fiesta de bautizo», publicado en 1966 en la *Revista de Occidente*. Lengua y antropología iban de la mano en un texto nacido, como sería

costumbre, de una anécdota vivida por el autor. Por aquel entonces el nuevo ensayista andaba enfrascado en la traducción y comentario de *Los niños selváticos* (1973), una obra que debe leerse como banco de pruebas de la forma ferlosiana. Las vicisitudes de aquel libro, retirado rápidamente de la circulación y hoy apenas encontrable, son largas de contar. El lector de *Altos estudios eclesiásticos* encontrará lo que se pudo salvar, aunque es difícil que alcance a hacerse una idea cabal del significado que aquella obra tuvo en la trayectoria del autor. En aquel libro uno asistía a una forma de escritura que remonta no solo a la ontogénesis de su ensayismo, sino a los albores del género ensayístico, a su filogénesis, por decirlo con dos términos gratuitos al primer Ferlosio. Uno encuentra allí un apabullante festín de anotaciones con que Ferlosio, como si de un humanista en ciernes se tratara, ejercita estilo e intelecto prodigándose en una interrupción de su traducción tan incontinente que le lleva a apropiarse de cada rincón del texto.

El desbordamiento verbal de aquellos comentarios alcanzaría su forma más exacerbada en *Las semanas del jardín* (1974), el primer libro ensayístico de Ferlosio². Una obra inaprensible —*delirium tremens* la llamó el autor³— cuya fascinación estriba tanto en su minucioso análisis del conjunto de cláusulas y sobreentendidos que rigen la producción y recepción de textos narrativos como en la forma de escritura y pensamiento que uno ve tejerse ante sus ojos. Tironeado por las fuerzas contrarias de la fatalidad y la libertad, a las que la obra dedica páginas memorables, *Las semanas del jardín* se va haciendo mediante una rara y fecunda alianza entre lo proyectado y el azar. A lo que uno asiste es al devenir mismo de la escritura, a la viva temporalidad de una inteligencia que se ve gustosamente asaltada por innumerables contratiempos y asociaciones que interrumpen y desplazan el discurso en excursos, notas y apéndices; una escritura concebida desde una promiscuidad y un rigor radicales. La lectura de *Las semanas del jardín* ofrece quizás lo más cerca que se puede estar de la intimidad del razonar, del dibujo de sus pasos en la página. En ellas encontramos el núcleo poético de la escritura ferlosiana diseminado en los párrafos que jalonan el texto y puesto en acto por obra del estilo. Sus ensayos impugnan la obra cerrada y unitaria, y con ella la fuerza ciega de la secuencialidad. Son a un mismo tiempo escritura y reescritura, avance y retroceso, una apabullante monstruosidad autorreflexiva que no quiere sacrificar sus partes a un todo. Cada párrafo se singulariza y preserva su ser mediante guarismos y márgenes en blanco para conjurar el ansia totalizadora a la que el pensamiento y el narrar, por más que se los fuerce, tienden (vid. §39, I). Ferlosio siempre supo que todo género es una

² A la noticia del texto que ofrece Ignacio Echevarría vale la pena sumar la que ofrece Sergio Vila-Sanjuán por boca de José Antonio Molina Foix, impulsor, junto con Diego Lara y Mauricio d'Ors —no Pla, como dice Vila-Sanjuán—, de la editorial que lanzó aquel primer ensayo en dos volúmenes, Nostromo. Véase, Sergio Vila-Sanjuán, *Pasando página. Autores y editores en la España democrática*, Barcelona, Destino, 2003, pp. 511-513.

³ Vid. Juanjo Fernández, «Un galeón en el Jarama. Entrevista», *Quimera*, 63 (1987), pp. 23-26.

convención, una forma de ser; que la propia forma es ideología, y por ello anduvo tantos años pergeñando una forma que produjese otros modos de plasmar el pensamiento. Aquellas dos semanas prometían una tercera que difícilmente llegue a ver la luz; en ella se iba a ocupar, decía, del relato historiográfico, pero es más que probable que mucho de lo que había proyectado fraguara en *Mientras no cambien los dioses nada habrá cambiado* y en *El testimonio de Yarfoz*, ambos publicados en el 1986.

Después vendría la democracia y con ella, en el 1978, el desembarco en *El País* de un articulista que parecía recabar para sí la condición de regulador de una recién estrenada esfera pública. De todo ello da cumplida cuenta la generosa y rigurosa selección de artículos recogidos en el primer tramo de *Gastos, disgustos y tiempo perdido*, que se abre, con buen tino, con un hilarante repudio a Ortega; un poco al modo de un destronamiento que se iba a repetir de forma harto sintomática en el arranque mismo de *La forja de un plumífero* (1998), la breve autobiografía intelectual del autor. Al margen de magisterios puntuales como los reconocidos a sus frecuentados Machado, Bühler, Weber, Veblen, Benjamin o Adorno, Ferlosio ha sido una voz única y apartada que ha escudriñado la realidad desde aquella isla solitaria en que acabó el jovencísimo Alfanhú su viaje formativo, o desde ese retiro en que Nébride, aquel rey por derecho que renunció a su trono, se obstinó en reformar una lengua descuidada y uniformizada por sus hablantes. De eso tratan estos dos volúmenes: en el primero se encuentra su magisterio y su amor por la lengua castellana que, a despecho de su virulento antipatriotismo, ciego de hipotaxis, llega a convertir en «el que es probablemente el más complejo y refinado sistema gramatical de entre las restantes lenguas de Occidente, el más capaz de diversificar y graduar direcciones de sentido y disminuir las posibilidades de equívoco» (2015: 418). Sea como fuere, será ese fastuoso dominio del idioma y de sus mecanismos lo que le llevará a oficiar en el segundo volumen como implacable centinela de los usos públicos de la lengua desde un acusado mirador moral. Lengua y moralidad se alían para acompañar los pasos de una precaria y frágil democracia que la ciudadanía, tantas veces interpelada, no puede dejar en manos de las instituciones. La palabra pública encontrará la reconvención y la guía en un autor alarmado ante el más mínimo atisbo de involución democrática, ante el menor titubeo del Estado de derecho.

Y es importante tenerlo en cuenta, porque estos artículos y ensayos nacieron de una auscultación de la sociedad a través de los usos verbales que rodeaban al autor. Ferlosio escribe

desde el chirrido, desde una anomalía lógica o semántica que abre la espita del extrañamiento, según nos recordaba recientemente en un nuevo apunte que ha querido que hiciera de epílogo a su reunión de pecios⁴. Ferlosio elabora su diagnóstico sobre lo inmediato en base a ese espíritu inconsciente y suprapersonal tantas veces convocado por sus textos, en base a ese «anónimo sujeto universal que habla en el lenguaje» (2015: 161). Poco importa que aquellos textos apareciesen en los efímeros papeles de la mañana porque se hicieron para durar. Su prosa exige relectura, y sospecho que muchos de sus lectores de entonces recortaban aquellos largos artículos —a veces series distantes en el tiempo— a la espera del momento (o del humor) oportuno para leerlos. Hoy, leídos en su conjunto, se nos aparecen como una meditación moral compuesta al compás del acontecer nacional. Exonerado de aprietos económicos, libre de plazos y apremios laborales, Ferlosio pudo construir pacientemente esas piezas que avanzan pensando en sus grietas, que argumentan y se replican; textos guiados, en suma, por un nivel de exigencia y reflexión tan altos que han acabado trascendiendo su tiempo.

Hay algo más que un manido cliché en esta última frase: entre los designios de Ferlosio siempre estuvo el de bordar, con los hilos del presente, un tapiz capaz de hacer legible una ideología de la Historia. Poner al descubierto la trama ideológica y simbólica en que los individuos viven de forma inconsciente fue, entre un sinfín de cosas, lo que motivó el largo y laberíntico *Esas Indias equivocadas y malditas*, un oportuno libelo que se abrió paso contra los fastos del quinto centenario para revelar cómo por detrás de los actos y las palabras del individuo alienta «el plano de una realidad ultraindividual, el universo histórico de una dominación superior y oculto a esa conciencia, pero que dirigía [y dirige], no obstante, el puro instinto ciego» para imponer fatalmente sus designios (2016: 365). De lo que se trataba era de deconstruir el discurso triunfalista por medio de una «palabra crítica y, por ende, productiva y liberadora»: una palabra que se hurtase al «totalitarismo diacrónico» —una vez más la tiranía de la secuencia— y que, a un mismo tiempo era un ajuste de cuentas con «los más sabios autores españoles» y su enervante «predisposición hacia la actitud apologética con respecto a la historia de su patria» (2016: 542).

Todo eso, y mucho más que los límites de una reseña no consienten, es lo que hallará quien acuda a estos dos volúmenes que ha editado de forma ejemplar Ignacio Echevarría, a quien se deben, asimismo, unos espléndidos prólogos y unas notas exhaustivas que aclaran el contexto en que nacieron los textos. Solo un defecto se les puede achacar, y es la vívida

⁴ Vid., *Campo de retamas. Pecios reunidos*, Barcelona, Random House, 2015, pp. 193-195.

sensación de que estas ediciones han sido custodiadas por el propio Ferlosio. La selección de Echevarría no tiene mácula y es indudable que sus comentarios serán una referencia inexcusable para quien trabaje sobre la obra de Rafael Sánchez Ferlosio y su papel en la construcción de una crítica democrática⁵; y sin embargo, nos faltan algunas piezas que el rubor y la incomodidad de Ferlosio han censurado; nos falta la prehistoria del articulista, aquellas piezas repudiadas que un jovencísimo Ferlosio envió a diarios como *Alférez* o *Alcalá*. Uno entiende, al leerlas, la incomodidad del autor, pero uno quiere creer al mismo tiempo que este país ya va siendo otro, que uno ya va estando en condiciones de asomarse a esa zona ambigua, a esas zonas oscuras donde las fronteras morales se deslíen, por retomar una imagen presente en artículos fundamentales como «En posición de saludo o más sobre el “caso Miró”» o como «La conciencia débil se lava con sangre». Hasta entonces, esta reunión modélica tendrá algo de monumento esculpido a instancias del autor. Es tiempo ya de asomarse sin temor a la entera trayectoria de quien es, sin duda, uno de los mayores pensadores de nuestro tiempo.

Ae

⁵ Aunque es pertinentísima la crítica de José Antonio Millán en su reseña del primer volumen. Vid. José Antonio Millán, «Conectar con la mente hipotáctica», en *Letras Libres*, nº 176, mayo de 2016. <http://www.letraslibres.com/mexico-espana/libros/conectar-la-mente-hipotactica>